

## Palabras previas a una inauguración

José Javier Villarreal

Miriam Medrez me hace pensar en alto. Rainer Maria Rilke decía dos cosas que hoy, 12 de mayo de 2017, pueden parecer políticamente incorrectas. Primero, que los jóvenes no podían escribir poesía, porque la poesía se debía a la experiencia; es decir, amar mucho, sufrir mucho, padecer y gozar mucho. Los jóvenes, independientemente del talento, son cortos en experiencias vitales; y cuando no es así, cuando pese a su corta vida lo han vivido todo, se abrazan en un fuego mayúsculo y sagrado que termina por consumirlos. Pienso en Catulo, Villon, Garcilaso, Emily Brönte, Emily Dickinson, Rimbaud, Gutiérrez Nájera. La otra aseveración de Rilke, que más viene al caso, es aquella que reza que el poeta vuelve invisible las cosas y objetos visibles. Años después Murilo Mendes escribió aquel aforismo que me ha hecho darle vueltas y más vueltas al caracol. Lo invisible no es aquello que no existe, sino que es aquello que existe, pero que no se ve. Ahora bien, un objeto, y nosotros somos coleccionistas, no tiene precio, pero sí valor. Aquella fotografía, la piedrita negra, la moneda que mi abuela me trajo de su viaje a Medio Oriente, el camello relleno de aserrín que mi tía Chalita me regaló de su viaje a Egipto, la corcholata que me trae los paseos con mi padre. Esas minucias que dan substancia a una vida. Antonio Porchia, ese grande poeta ítalo-argentino que nos llenó de voces, nos advirtió en una de ellas, que quien no llena su vida de fantasmas se queda solo. ¿Qué ha hecho Miriam Medrez resucitando la poiesis de Penélope de tejer, pero no destejer de noche? Ha dado un rodeo que no es un rodeo, sino

que en realidad es una línea recta, una flecha de Diana que ha dado en la diana; es decir, en el centro exacto, en la médula del sentido. Si el verbo se hizo carne como se celebra en el Antiguo Testamento, Miriam –bíblicamente- ha hecho carne, le ha dado forma, volumen, textura y materia, a aquello que sólo flotaba sobre las aguas como el espíritu de Dios. Los objetos que me acompañan, estrictamente, no me acompañan, sino que me hacen ser lo que alcanzo a ser. Son los depositarios de mis pasiones, son las huellas de mi paso por la vida. Aquellas cosas que dejan de ser objetos para convertirse en sujetos, y es entonces cuando se cruzan las miradas y nos reconocemos. Nosotros en ellos, y ellos en nosotros. Miriam ha vuelto visible y tangible aquello que pertenecía a lo invisible y fugaz, pero que formaba parte de lo eterno, de lo íntimo, de lo más cercano. Vemos cómo las emociones y sentimientos que dormían en los objetos cobran figura y presencia como cantara Juan de Yepes. Ya no los vemos, sino que Miriam, a través de su fino coser y, en algunos casos o raptos, burdo tejer, nos pone de frente a la visión y pasamos a contemplar. Los objetos, en su calidad de objetos, son materiales poéticos, pero no poemas; sin embargo, Miriam Medrez en su hacer que es deshacer el objeto –en tal metamorfosis, pasa a reinventarlo- nos lega no un material poético, sino un poema, aquello que no tiene nombre, pero que es, y, paradójicamente, nos nombra. La alquimia se ha realizado, el milagro se ha consumado; vemos más allá, nos vemos reflejados en la visión que nos delata, en la fina orfebrería que nos delata un mundo, aquel que nos constituye, pertenece y delata.

las lámparas de petróleo

que se van apagando para llamar al sueño; pero no todos dormían.

Llegaban

y aprovechaban nuestra fatiga,

se instalaban.

Movían las manecillas, entreabrían las puertas.

Atravesaban el pasillo y dilataban el bostezo de la noche;

acercaban sus cuerpos y contemplaban su reflejo en los cristales.

Van por las habitaciones con los zapatos en las manos, se reclinan en los marcos,

extravían las piezas del rompecabezas,

van a la cocina y magullan las frutas,

los tallos de las flores / abren el cajón y desordenan los cubiertos.

Una cobija amanecía en el suelo, un vaso sobre la mesa.

Mientras soñábamos nadie dudaba de sus presencias. Con la llegada del día

el mundo era distinto.